

EL PEQUEÑO BAÚL DE ROBLE.

Felipe Ríos Merino.

En una tierna noche de primavera. El sensual aroma de las flores nocturnas es llevado **suavemente** por el viento hasta mis ahogados pulmones.

Sentado en mi escritorio, trato de resolver un problema de difícil solución. Con los brazos apoyados en mi mesa de estudio, observo como mi lámpara vierte su pálida luz blanquecina sobre mi hoja tamaño carta, esta hoja estaba en blanco, pues ningún atisbo que me condujera a la solución de cuyo problema se dejaba vislumbrar en mi ya cansada mente.

La ansiedad de resolverlo me llevó a beber un poco más del ya frío café que había quedado desde la mañana sobre mi mesa de estudio y el cual no había consumido del todo. Al beberlo, mientras la suave y blanca cerámica de mi taza de café toca mis labios, mi corazón se acelera, no por la cafeína, sino más bien, por un casi vívido recuerdo, ¿pues cómo olvidar aquella profunda suavidad posándose sobre mi boca?, al sentir bajar el café por mi

frágil cuello, siento una cálida mano posándose en mi pecho provocando que el café se entibie dentro de mí, sin embargo, mi corazón se entristecía al darse cuenta de que sin importar de la intensidad de cuyo café recalentado, nunca viviré nuevamente aquella suavidad tocando mis labios, pues solo podía recordarla, solo podía anhelarla, no importaba el desesperado intento de entibiar aquella sustancia estimulante dentro de mí, nunca recuperaría su aroma, su frescura, su gloria. Con desasosiego y vergüenza quito respetuosamente aquella mano que entibiaba mi pecho y me levanto tácitamente de mi escritorio.

Caminando por mi habitación, apoyo mi vulnerable hombro izquierdo sobre sus amarillentas paredes, cabizbajo y descansando mis apagados ojos sobre mis suaves pies descalzos cuyos dedos coqueteaban con la suave alfombra de mi piso, y me pregunto: ¿Qué tan frío e insípido debe estar mi café, para que ningún anhelo haga salir aquella profunda suavidad?

Un ligero golpeteo de gotas cae sobre mi ventana e interrumpe mi melancólica actitud. Eran ligeros chubascos. El olor a tierra mojada por aquella tímida lluvia empezó a mezclarse con el sensual aroma de las flores nocturnas, y una cálida corriente de aire pasionalmente humedecida, toma de mí y me conduce a mi envolvente e inmaculada cama, me siento sobre ésta, y me dejo seducir profundamente, suavemente, por el delgado cubrecama relleno de blancas y nobles plumas.

Mientras observo aceptando con desconsuelo como las escuálidas gotas de agua difuminan en mi ventana el brillo de las estrellas, las mismas que estaban adornando el cielo de aquella profunda noche primaveral. Me pregunto, suspirando: ¿Qué placer secreto habré olvidado de esas blancas e inocentes plumas?

Al momento que el traqueteo de aquella sorpresiva lluvia termina, me levanto de mi cama y me acerco a mi velador, al abrir el primer cajón, éste tenía un pequeño baúl, era una obra de artesanía hecha

de una suave madera de roble, en su superficie lateral izquierdo tenía una abertura, la cual mediante un intrincado mecanismo lo conectaba con la tapa de éste, y daba entender que al introducir cierta llave en cuya abertura, el pequeño cofre nunca más iba poder ser abierto, y su contenido permanecería en un eterno y penoso olvido. Pongo la caja sobre mi mesa de estudio, y nuevamente incorporado en mi escritorio, reviso el contenido de ésta, en su interior hay fotografías, y una llave. Las fotografías estaban ordenadas en tres lotes. Envueltas por un exquisito papel celofán de verde color caramelo, estaban amarradas por hilos de distintos colores, y calificadas por trozos de papel que estaban enganchadas por un clip en los hilos. El primer lote de fotografías amarradas por un hilo de color rojo estaba calificado por un asimétrico y empolvado trozo de papel que tenía escrito por la tinta de un grueso plumón de color rojo oscuro, las palabras: “lo que viví”. El segundo lote amarrado por un hilo de color negro tenía escrito sobre un trozo de papel de forma rectangular, una sentencia, que decía: “lo que ya

nunca será”, estaba escrito solemnemente por la tinta de un burocrático y autoritario color negro. El último lote, amarrado por un hilo de color blanco, tenía escrito las palabras: “lo que podrías vivir”, estaba escrito de forma sucinta por un gastado lápiz grafito. No pensaba en revisar las fotografías de aquel extraño baúl, pero el acuciante frío de la noche y aquella cálida mano que se había posado en mi pecho me obligaban a revisar al menos el primer lote, en busca de algo que fingía olvidar.

Sin darme cuenta, mientras desanudaba el nudo del primer lote, y se iban revelando poco a poco las primeras fotografías, la luz de mi lámpara deja de emitir su pálida luz blanquecina para empezar a emitir una cálida luz de fuerte color amarillenta de viva intensidad nostálgica, ésta tiñe de frescura las envejecidas paredes de mi dormitorio y hace temblar mi corazón a la vez que dota de una añeja vida a las fotos. Un creciente sentimiento de añoranza inunda mis ojos hasta alcanzar el llanto. Cada gota que se filtraba por aquella

puerta de mi alma no era más que el colapso de ésta al no aguantar el ardor causado por el tiempo y el falso olvido, pero: ¿por qué haber fingido olvidar aquella profunda suavidad?, ¿Por qué olvidarla?

Una furibunda necesidad de encontrar respuestas me obliga a mirar las fotografías del segundo lote. Al desarmar el nudo que contenía el segundo lote y a punto de advertir su contenido, un extraño frío se filtra por la ventana de mi pieza. Mi alma tiembla, desespera, sin saber el por qué. Una fuerza misteriosa me obliga a terminar de tomar el último ápice de café que reposaba sobre la suave taza de blanca cerámica, al beberlo con los ojos cerrados, me doy cuenta de el porqué de aquel frío penetrante, y una amarga sensación de cruda verdad electrifica mi lengua al beber el café. El frío del viento me abraza de forma burlesca, y con cruel ironía me da cobijo. Inesperadamente grité hacia la ventana: ¡No quiero tus falsedades!

Bruscamente me levanto de mi escritorio y con ansias de revancha tiro al piso el segundo lote de fotografías, presionando con mi puño

el lado izquierdo de mi pecho, me pregunto con la voz ahogada por el llanto: ¿acaso mi mejor consuelo a ese amargor es ese hipócrita frío que aparenta ser abrigo, que simula dar calor?, No. Es una verdad. Es mejor vivir de las consecuencias de una verdad que de una mentira, pero... ¿pero por cuanto tiempo me será posible vivir con aquel anhelo de profunda suavidad?, ¿Por cuánto tiempo debo conformarme por ese frío humillante?, ¡sé lo que no viviré!, ¡Sé lo que finjo ignorar!

Mis rodillas tiemblan, el ardor se había intensificado por aquella cruda verdad, y sin mucho debatir, caigo al piso. Con mi hombro derecho me apoyo sobre el suave piso alfombrado. Patéticamente alcanzo una de las fotos del segundo lote que había tirado al piso y veo sin sorpresa su contenido, su fondo estaba oscurecido, pero no era misterio para mí, ya que se debía por el mal procedimiento de revelado fotográfico, a un error técnico, pero aquel error no era provocado por el azar, sino más bien: por el destino. Pues era

resultado de un supuesto falso futuro y que no tenía sentido revelar, ya que nunca existió, ni existirá. Absorto en mi propia melancolía, observo aquella foto invisible y oscurecida del segundo lote, y dirigiéndome con arrepentimiento a la foto de fondo oscuro, murmuro mientras escasas lágrimas mojan mis pestañas: Sé lo que pudo ser, lo que nunca más será, y lo que

Un aterrador ruido de violín desafinado interrumpe la última frase de mi murmullo, y como de un episodio mágico se tratase, una brillante mariposa, mueve sus gloriosas alas de secretos colores y entra a mi dormitorio por mi ventana, aprovechando un pequeño hueco causada por la rudimentaria bisagra de ésta. Mientras escucho el sonido del iracundo chirrido de aquellas cuerdas desafinadas, miro como se posa aquella hermosa mariposa de colores misteriosos sobre el tercer lote aún sin revisar, y a la par en que cesa el sonido de aquel siniestro violín, la mágica mariposa sin

dar aviso decide marcharse, llevándose su esperanzadora luminiscencia con ella y deja a cambio un desesperante y hambriento silencio que invade no solo mi dormitorio si no también los abismos de la noche.

Sin titubear me levanto del suave piso alfombrado y de forma frenética me incorporo nuevamente a mi escritorio, en busca del hálito de esperanza dejada por aquella mariposa de innumrables colores. Contemplo por unos instantes el último lote y leo con sedienta voz interior el papel enganchado por el clip a los blancos hilos de éste: “Lo que podrías vivir”. Jugueteo con mi tersa mano derecha con el magnífico papel celofán que envolvía el último montón de fotos, y expectante me pregunto: ¿Lo que podría “yo” vivir?

Como la labor de un excelso Dios se tratase y en cual un simple humano de forma profana trataba de realizar, me aventuro a realizar la elevada tarea de revisar aquellas fotos.

Voy desarmando el nudo con manos temblorosas, estas tiritaban no por el intenso frío que en ese momento invadía mi melancólica y perturbada habitación, sino por una creciente ansiedad que venían desde los abismos de mi “yo” interior, mi verdadero “yo” necesitaba cubrirse de algo que no solo sean suposiciones o falsedades, necesitaba una sólida excusa para seguir habitando en mí, necesitaba una bocanada de oxígeno que le permitiera seguir irguiendo una voluntad de vida. Al desarmarse el nudo del último lote y sin descubrir aún su contenido difuminado por el exquisito papel celofán de color verde caramelo, escucho un retumbante chasquido que irrumpe el enloquecedor silencio de la noche. Era el frío viento que había movido el gatillo de mi ventana, abriéndola en par en par e infiltrándose con autoridad a mi dormitorio como diciéndome la palabra: No.

Mi metálica lámpara se había estropeado en el asalto, y solo me quedaba la pálida luz lunar iluminando mi instancia.

El viento, como un egoísta tirano, reclama las fotografías del último lote como suyas, succionándola y emitiendo un desagradable sonido característico de una violenta aspiradora, y las lleva hacia el profundo vacío de la noche. Dócilmente acepto mi destino, y dejo que aquella imponente corriente de aire me despoje de mi último hálito de esperanza. Me acurruco de la helada producida por la irrupción del viento con mis enflaquecidos brazos. Sobre el escritorio tiendo mi cabeza en éste, y la inclino a mi derecha, posando mi mejilla izquierda sobre el blanco papel de tamaño carta, observo como se escapa tímidamente la última foto del tercer lote por mi ventana, mientras escuálidas lágrimas empapan aquella blanca hoja de un problema aún sin resolver.

Por unos instantes, ayudado por el tenue brillo de la luna, puedo observar el contenido de esa última foto llevada por el viento, pero, así como de una cruel broma se tratase, veo que la foto nada contenía, solo un vacío y triste fondo blanco. ¿Si solo hubiera visto

nuevamente aquella experiencia vívida, registrada en el primer lote?, ¿si solo esa foto en vez de un irónico blanco me hubiera mostrado mi añorada profunda suavidad?

En un acto de piedad el viento se compadece de mi decepción, y actuando como una mano invisible, reordena las fotografías de los dos primeros lotes y los vuelve a ordenar tal como estaban antes de ser sacadas del baúl, y las introduce en éste, luego casi como un hechizo, el viento pone la llave en mi mano derecha. De forma calculada, Un dulce aroma inunda mi habitación, no era una fragancia desconocida, ¿Cómo olvidar aquel acaramelado perfume que en el pasado motivo el florecimiento de las más bellas flores en el interior de mi alma?, cierro mis ojos y **siento** como la cálida mano que entibió mi pecho se posa nuevamente **en** mí, no la aparté como lo había hecho antes, sino que tiernamente pongo mi mano izquierda sobre ella, y respirando con hondura dejo entrar sin resistencia aquel aroma adentro de mí, me dejo embriagar por aquel

perfume, por aquel calor, por la suavidad de un falso retorno, que volvió a **mí**, enriqueciendo artificialmente mi desabrido corazón. El frío viento esperaba mi último acto de amor, mientras agitaba con violencia las contraventanas, estaba apurándome con una dura indiferencia, yo sin soltar la mano que entibiaba mi pecho, cierro para siempre el pequeño baúl de madera de roble, dejando en un imperturbable olvido su contenido. La mano que entibiaba mi corazón desaparece al momento que doy el último giro a la llave. El viento deja de agitar el postigo de la ventana, y abandona mi habitación susurrándome cariñosamente la palabra: Adiós.

Ya en el alba, la luz del sol proyecta su agudo amarillo en los muros de mi alcoba.

El cantar de los pájaros sacude suavemente mi somnolencia. Me despierto con la cabeza apoyada sobre mi mesa de estudio y sin levantarla, abro lentamente mis párpados y lo primero que

vislumbro es aquella blanca hoja de tamaño carta, de un problema que “nunca” podré resolver. Una sonrisa se dibujó en mi rostro.